

“Vidas virtuales, memorias postizas: La mujer poshumana

en *Lágrimas en la lluvia*”

Dale J. Pratt

La novela como género literario se trata de la creación de “personas literarias” con todas sus peripecias en la vida – entes de ficción, hasta cierta medida verosímiles e inteligibles como reflejos de una persona (aún en las novelas más herméticas, metaficcionales, o abstractas, se puede hablar de la voz narrativa – detrás de la cual se divisa la mera sombra o ilusión de una persona que narra). Como todas las novelas de nuestra autora, *Lágrimas en la lluvia* abarca los temas grandes – el amor y el odio, la verdad y la mentira, la vida y la muerte... y también la identidad. ¿Qué es un yo? Como novela, *Lágrimas en la lluvia* nos presenta con una panoplia de seres – *homo sapiens* naturales, tecnohumanos, alígenígenas, animales de otros mundos, mutantes, cíborgs y robots. Mientras la detective tecnohumana Bruna Husky investiga un complot para destruir los replicantes, se despliega también en esta novela un estudio profundo sobre qué es la identidad; dentro del mundo novelesco, si los tecnohumanos realmente son personas, y fuera de la novela – qué es, realmente, el ser humano. El tecno es un androide, producido en una fábrica especial después de 14 meses de gestación, naciendo parecido a un adulto *homo sapiens* de 25 años, implantado al nacer con un conjunto completo de alrededor de 500 escenas de memorias de una niñez con una familia. Estas memorias de los tecnos se pueblan de entres ficticios---no se explica con precisión la manera de crear las memorias artificiales, pero son reguladas y es ilegal cambiarlas una vez implantadas, aunque se ha surgido un tráfico ilegal de memorias o

memas secundarias – todas “escritas” o trazadas por artistas especiales, los *memoristas*.

Las memorias implantadas son imprescindibles, “ya que diversas investigaciones científicas han demostrado que la convivencia e integración social entre humanos y tecnohumanos es mucho mejor se estos últimos tienen un pasado, así como que los androides son más estables provistos de recuerdos” (25). A fin de cuentas, la persona tecnohumana se compone de un cuerpo orgánico hecho a base de células madres, las memorias implantadas al nacer, la conciencia de que esas memorias son ficticias, las memorias reales de la vida transitoria del replicante, y la conciencia de que se morirá de un cáncer horrible, el Tumor Total Tecno, dentro de 10 años. Se presentan en *Lágrimas en la lluvia* varias teorías de la identidad personal: los estados mentales y emocionales, las memorias personales, la pervivencia corporal, la esencia espiritual y la posibilidad de las almas, y se cuestionan la naturaleza de los cíborgs, las mutaciones físicas, y la monstruosidad en general, para dar en la conclusión de que la vida de un ser humano (y lo digo en el sentido más amplio de la palabra) realmente es una obra de arte, creada por la persona misma.

Para entender el juego complicado de esta novela, es forzoso repasar algunas teorías de la persona. Según Aristóteles, una persona es estable, y se perdura a través del tiempo. Puede haber cambios accidentales – pero ejemplo, la pérdida de un brazo – pero aún así sigue invariada la esencia de la persona. Es *esencialmente* idéntico a lo que era antes. Cabe preguntarse si la pérdida total de la memoria, o la implantación de la memoria de otra vida, es un cambio esencial... pero lo veremos después. Heráclito ofrece otra perspectiva – ya sabemos que no podemos mojarnos dos veces en el mismo

río – no sólo porque el río siempre se está transformando, sino también porque nosotros como personas siempre cambiamos, de un instante a otro. Según Heráclito, no hay una esencia personal, sino una sucesión de personas, cada una superviviente de la anterior – como si fuese un “río de yos”. Descartes nos ofrece todo un plato de contradicciones – el dualismo mente-cuerpo, y la concomitante teoría del alma como la esencia de la persona, traen consigo una serie de problemas filosóficos insuperables. ¿Cómo se manifiesta el alma? ¿Soy “yo” el que habla, el alma de Dale Pratt, o sólo un eco o una huella física del alma del Pratt? ¿Dónde está el alma de un individuo antes de la concepción física? Etcétera, etcétera.

Los místicos decían que la memoria es el tesoro del alma. Algo semejante dice John Locke en su teoría de la memoria personal: según él, la memoria es una condición necesaria y suficiente del yo, de la identidad personal. Thomas Reid hace la objeción más sustancial en contra de la teoría de la memoria personal, en la paradoja del oficial valiente. De joven, un oficial fue castigado por hurtar manzanas, pero ya como adulto tomó el estandarte del enemigo en una batalla, y luego como veterano fue nombrado general. Se puede concebir que, al momento de tomar el estandarte, se acordaba del castigo por las manzanas, y que como general se acuerda nítidamente de haber tomado el estandarte, pero ya no le queda ningún recuerdo del castigo. Reid demuestra que el joven y el viejo comparten su identidad personal, a pesar de lo que diga Locke.

Pero es posible que haya otros tesoros del alma, y es lo que Bruna y su amigo humano Yiannis descubren al final de la novela. No les basta la teoría de la memoria personal. Hace medio siglo, Yiannis perdió a su hijo Edú. El hace de su vida lo que

Bruna describe como “un templo a la memoria de su hijo” [cita?], pero a lo largo de los años, sus recuerdos se difuminan en la niebla del tiempo y el olvido. “Lo peor era que en algún momento de ese medio siglo transcurrido se había roto el hilo interno que le unía con aquel padre que él fue. Cuando el viejo Yiannis recordaba ahora al Yiannis veinteañero jugando y riendo con su crío, era como si memorara a algún conocido de la época remota de su juventud, a un amigo tal vez muy cercano pero definitivamente distinto y a quien hacía mucho que ya no frecuentaba” (47). Pero tampoco satisface la teoría heraclitiana, del río de yos, porque se quiere mantener un hilo firme de conexión personal con el pasado: “Qué débil, qué mentirosa e infiel era la memoria de los humanos. Yiannis sabía que, en los cuarenta y nueve años transcurridos, todas y cada una de las células de su cuerpo se habían renovado. Ya no quedaba ni una pizca orgánica original del Yiannis que un día fue, nada salvo ese hálito transcelular y transtemporal que era su memoria, ese hilo incorpóreo que iba tejiendo su identidad. Pero si también ese hilo se rompía, si no era capaz de rememorarse con plena continuidad, ¿qué diferenciaba su pasado de un sueño? Dejar de recordar destruía el mundo” (48) (y debo notar que aquí oímos unas resonancias claras con la novela *Temblor*). Como en toda novela policiaca, hay muchas pistas falsas, hilos narrativos que no conducen a nada, y en el caso del los reps y con la franquicia de borradores de memoria *Memofree*, los hilos falsos se les implantan o se les cortan. Lo mismo pasa con el Archivo Central de los Estados Unidos de la Tierra, donde trabaja Yiannis de archivero; a lo largo de la novela Yiannis es testigo de una series de alteraciones

erróneas e injustificadas, que por fin denuncia como un complot para cambiar la historia.

Dos páginas después de estas ruminaciones de Yiannis, se presenta un artículo del archivocentral sobre la teleportación espacial. Se nota que “el teletransporte es un proceso atómicamente imperfecto y puede tener gravísimos efectos secundarios. Es una consecuencia del principio de incertidumbre de Heisenberg, según el cual una parte de la realidad no se puede medir y está sujeta a cambios infinitesimales pero esenciales. Lo que significa que todo organismo teleportado experimenta alguna alteración microscópica” (52). Los viajes por el espacio se asemejan a los viajes unidireccionales por el tiempo: “el sujeto que se reconstruye en el destino no es exactamente el mismo que el sujeto de origen” (52). En *Lágrimas*, siempre hay diferencias, distinciones – no se puede mantener la identidad.

Irónicamente, a pesar de las múltiples diferencias entre individuos, la pícara memoria y las identidades escurridizas, uno de los componentes del miedo de los supremacistas humanos hacia los tecnos es su naturaleza copiada y reproducida. Mary Anne Doane en su artículo “Technophilia: Technology, Representation and the Feminine” sostiene que en el texto ya mítico de *Blade Runner*, los replicantes “are objects of fear because they present the humans with the specter of a motherless reproduction” (29). Son *replicantes*, ... copias o simulacra de los *homo sapiens* naturales, de las cuales se podrían seguir haciendo copias hasta el infinito. Sigue Doane: “Reproduction is the guarantee of a history – both human biological reproduction (through the succession of generations) and mechanical reproduction (through the succession of memories)”.

Se ve esta posibilidad de reproducción mecánica infinita en el clon o rep de la última osa polar, Melba. Melba es una copia, y cuando muera, crearán otra copia, para que siempre haya una Melba. Aunque no se habla de la posibilidad en *Lágrimas en la lluvia*, es posible que los reps – que gozan de una vida atenuada de sólo diez años – podrían grabar sus memorias para implantarlas en una nueva versión de sí mismos, recién salida de la fábrica. Así se convertirían en personas inmortales. Algo semejante lo podrían hacer los *homo sapiens* naturales (y así lo ha hecho Pablo Nopal, cuando como *memorista* implantó una copia de sus propios recuerdos en Bruna Husky). Pero la novela descarta estas posibilidades, tal vez por razones tecnológicas, y ciertamente por razones éticas y económicas. Realmente, en un mundo donde hasta el aire limpio se vende, un rep no podría ahorrar suficiente dinero para poder grabar sus memorias, comprar un nuevo cuerpo, y resucitarse al final de su vida. En cuanto a los humanos naturales, la única visión de implantación de memorias es para cambiarse de vida (o la versión más siniestra de imponer una actuación programada contra la voluntad del sujeto) – no para mantener viva la memoria de un individuo a través de los siglos. A fin de cuentas, la técnica de implantar las memorias se asemeja a una violación sexual: se inserta una mema en el cerebro metiendo un tubo metálico por las fosas nasales. Así nace la nueva identidad, y cuando quieren quitar de Bruna una mema que le ha hecho intentar destruir el centro de Madrid, le penetran de nuevo (sin anestesia) buscando el chip, en un aborto metafórico de la persona híbrida hecha de una mezcla de las memorias de Bruna y de la asesina Ainhó.

La sociedad donde vive Bruna también tiene una nueva identidad, bastante enteca. La verdad es que la historia futura del siglo 21 ha sido una cadena de trastornos mundiales, y el sistema democrático de los Estados Unidos de la Tierra es tan flamante con sus trece años que apenas sobrepasa la edad de los tecnohumanos más viejos. Bajo ese sistema, a pesar de sus muchos defectos y vicios, hay derechos civiles, y al final de la novela se anuncia que se prohibirá la venta del aire puro, ... que es un derecho civil. Hay paralelos obvios entre la historia del siglo 21 y la de la España del siglo 20,--hubo una guerra civil hace medio siglo (la guerra de los tecnos), luego unas guerras mundiales que arrasaron la Tierra. Hay problemas con la contaminación y el cambio de clima. En la nueva democracia se valoran la autenticidad de la juventud y sus vulnerabilidades más que la larga y triste historia de los siglos pasados. La religión no ofrece el mismo consuelo que antes, salvo para los más fanáticos. Hay una afluencia de inmigrantes. La economía se tambalea. Hay gente que preve ya el fin apocalíptico del mundo. Y también hay una serie de leyes sobre la memoria y un forcejeo titánico sobre quien tiene el derecho de escribir la historia. Parece que el Madrid y los Estados Unidos de la Tierra del siglo 22 realmente necesitan instrucciones para salvarse.

Como detective, Bruna busca la verdad, la autenticidad; pero como persona no aprecia lo verdaderamente auténtico hasta el final. Cuando habla a un psicólogo, dice "Todo es mentira... los afectos... la memoria de esos afectos. El amor de mis padres. Mis propios padres. Mi infancia. Todo se lo tragó la nada. No existe, ni existió" (55). Pero el sicólogo ve el valor de estas emociones: "No, ese amor es real. Tu desesperación es real porque tu afecto es real" Bruna: "Mi afecto es un espejismo". Sicólogo: "Todas

las memorias son mentirosas. Todos nos inventamos el pasado". Esta respuesta ostensiblemente cínica, realmente es la clave para vivir bien en el nuevo mundo. Pero las invenciones de la memoria no debes ser arbitrarias – *Memo free* no es para las personas auténticas, quienes buscan tesoros para sus almas. Lo que se requiere es un reconocimiento de lo que sí haya pasado, de verdad, en su vida – como su amorío con Merlín luego murió – y hay que llorarlo. Estas lágrimas no se desaparecen en la lluvia--- surcan arroyitos en nuestras identidades. Y luego seguir el epígrafe de la novela anterior a *Lágrimas, Instrucciones para salvar el mundo* (publicada en 2008): ““Si ya no te quedan más lágrimas, no llores, ríe” [(Shlomit Levin (abuela de Amos Oz))]

La teoría válida de la identidad en *Lágrimas* es una teoría performativa. Me baso en la teoría del género y la sexualidad promulgada por Judith Butler – la categoría de ser humano conocida como “tecnohumano” o “replicante” es una función del construccionismo social, y no una categoría natural. Toda la obra se trata de monstruosidades, hibridismo, mutantes---sin respetar la idea de la higiene ontológica de la Ilustración – o sea, las categorías estrictas y esencialistas de humano, animal, máquina, hombre, mujer, etcétera. Cuando Bruna dice: “No soy mi memoria, soy mis actos y mis días”, tiene la mitad del rompecabezas metafórico ya hecha. Pero la otra parte, de que su vida es una obra de arte, no la reconoce hasta el final, cuando asume la perspectiva del “Ojo de Dios” del rompecabezas real que completa al final. Bruna es una obra de arte – en la exposición “La historia del fraude”, donde se reúne por primera vez con su memorista Nopal, ella no se reconoce como la obra principal de la exposición. Al final Bruna se halla en la Reina Sofía convertida en hospital, pero ella

está allí como obra de arte que como paciente. Sufre cuando se da cuenta de que es una copia de las memorias de Nopal, pero ella no entiende, hasta el final, que ella también puede ser el artista de su propia vida – de que al andar se hace camino. Su identidad es una identidad performativa. Los lazos de amistad y amor que sostiene con toda su “familia” poshumana al final del libro le completan, y le ofrecen un descanso de su cuenta atrás hacia su muerte, tal como la música de Maio antes. Y así se puede vivir. La penúltima frase de *Instrucciones para salvar el mundo* le salva también a Bruna: “Y es que la Humanidad se divide entre aquellos que saben amar y aquellos que no saben” (312). Al amar, se hace humana de verdad, y eso le basta.